

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE ANTONIO PÉREZ,

SECRETARIO DE ESTADO DEL REY FELIPE II.

ARTÍCULO 2.º (1).

La penetrante perspicacia de Antonio Pérez advinó pronto los misterios que encerraba aquella corte espléndida y sumisa. La poderosa energía del rey comprimía ó alborotaba á su voluntad los agitados elementos que se derramaban luego por Europa para conmoverla ó espantarla con intrigas gigantes. Todos aquellos altos personajes, que ostentaban el lujo de su poder en las sillas proconsulares de los gobiernos de Flandes ó de Italia, venían luego á dar cuenta á Madrid y á temblar ante una mirada de su inflexible soberano. La aplicada curiosidad de Antonio Pérez, al despachar las consultas y negocios de los gobernadores y jenerales, al recibir en nombre de Felipe los memoriales y las visitas de los pa-

laciegos, entendió sin dificultad el móvil y los resortes de las pasiones de cada uno. Pero la sagacidad de su talento faltó para comprender y analizar bien el carácter personal del rey.

Felipe II era, si me es lícito expresarme así, la encarnación del hombre en el monarca. Los azares de su vida privada se confundían en la prodijiosa actividad de su vida pública. Sus altos pensamientos nacían siempre abrigados por la corona que nunca abandonaba su cabeza. Todas sus pasiones se escitaban ó se templaban por las consideraciones del interés de sus reinos. Gobernar era su destino; la prosperidad del estado su objeto; la conveniencia pública su guía—Reservado en sus resoluciones, seguía frecuentemente un camino impenetrable para la limitada vista de sus consejeros mas allegados; y alguna vez parecían contradicciones caprichosas las mas lógicas consecuencias de sus secretos designios.

Los primeros años de su juventud fueron pasto de sus fogosas pasiones. Escesos en los tratos amorosos le produjeron enfermedades que aflijieron por mucho tiem-

(1) Véanse los dos números anteriores.

po su robusta constitucion. La aficion desmedida á las mujeres era una necesidad de su temperamento; pero sus relaciones transpiraron pocas veces en el público, y sus favoritas nunca influyeron en los negocios del estado. Solo la princesa de Eboli dominó algun tanto su alma severa. Contrario á la molice, jamás se abandonó á los placeres sensuales, ni los admitió sino como una necesidad de la vida que era necesario satisfacer. Pocas veces abria su corazon á los afectos expansivos, pero si sucedia por acaso, no se entregaba á los objetos de su amor ó de su amistad; antes bien estaba siempre pronto á sacrificar sus mas tiernos afectos á los intereses de la monarquia.

Su disimulo y entereza en las ocasiones criticas eran la admiracion de los cortesanos. Su semblante casi siempre sereno y melancólico nunca era el espejo de su alma. Impenetrable para todos, abrigaba las mas violentas pasiones sin que los ojos ni los labios manifestasen la emocion mas lijera. Nunca en los triunfos de su próspera suerte, cuando la Europa esperaba temblando sus mandatos, manifestó insolencia ni vanidad; jamás cuando se desvanecieron en humo sus gigantescas esperanzas pudo verse en su frente la huella del abatimiento de su ánimo. A prueba de las mudanzas de la fortuna, preparado siempre el pecho á la desgracia, parecia á veces que las pasio-

nes humanas no tenian asiento en su corazon. Ganada la batalla naval de Lepanto que, despues de tantos azares, afirmaba el porvenir de la cristiandad, llevando á tan alto punto la gloria del monarca español, llegó un correo cubierto de polvo, ganando horas y minutos á darle tan fausta noticia: rezaba el rey en el Escorial, y cuando los cortesanos no podian contener los arrebatos de su entusiasmo al escuchar las particularidades de la victoria, el semblante de Felipe permaneció impassible sin que nadie pudiese conocer ni emocion, ni alegria: la relacion acabada, solo pronunció estas palabras con el tono majestuoso y melancólico que le era habitual: «mucho ha aventurado D. Juan», y volviéndose hácia la iglesia, continuó por largo rato sus oraciones. Llegado el aviso de la pérdida de la Invencible, de aquella magnífica armada destinada á trastornar la faz del mundo, oyó con suma tranquilidad el monarca la infausta noticia que daba en tierra con los proyectos de su ambicion, limitándose á decir «Contra los hombres los envié yo, que no contra los vientos y la mar,» Y cuando el jeneral que por su impericia habia dado ocasion á la destruccion de la flota, cuando el duque de Medinasidonia pidió licencia para presentarse, no se irritó, ni le reprendió el rey, haciéndole únicamente avisar que descansase un poco antes de venir á la corte.

Estos ejemplos son característicos, y si bien no tienen aquí su lugar, sirven para dar idea del personaje con quien había de luchar algún día el desventurado Perez. Rigoroso en la ejecucion de sus proyectos, justo en la dispensacion de sus favores, Felipe II había montado su múltiple y complicada administracion de mejor manera que los reyes mas aventajados de su siglo. Poco espléndido y lujoso en su persona, gustaba de hacer limosnas abundantes y dedicar sumas considerables á establecimientos de beneficencia pública. Liberal con sus servidores, no escaseaba medio para que sus vireyes, embajadores y jenerales le representasen dignamente en las cortes estrangeras.— El duque de Sessa, gobernador de Milan y capitán-jeneral del ejército de Italia era nieto de Gonzalo de Córdoba, y Grande de Castilla. Su magnificencia y liberalidad llegaban á tal punto que consumió en pocos años cien mil escudos de renta que le dejó su abuelo en vasallos y villas del reino de Napoles. Asi al llegar á la vejez vióse en graves apuros; y el monarca, despues de hacer ventilar este negocio en consejo de Estado, le señaló dos mil escudos de socorro para su plato al mes, aunque secretamente por la calidad y linaje del pensionado. Antonio Perez recibió comision de enviárselos en oro á la cama cuando estuviese á solas, sin poder darle cada vez mas de una mesada,

porque el duque era hombre de regalar cuanto tenia en la liberalidad de su jeneroso caracter.

Felipe II era sinceramente religioso: por educacion y convencimiento amaba las creencias de sus padres dando á sus pueblos el ejemplo de la devocion, no sacrificaba sin embargo á un fanatismo ciego la conveniencia del Estado. Asi se le vé en sus desavenencias con Su Santidad ordenar al duque de Alba, por medio de un billete autógrafo, la entrada en el territorio Pontificio, marchando en caso necesario sobre Roma á pesar de las censuras de la iglesia. Asi se le vé tener á raya las pretensiones del clero; y si bien protejió el poder de la Inquisicion, como excelente medio de gobierno en sus circunstancias y en su siglo, al arreglar la lejislacion de América tuvo en cuenta la ignorancia de los Indios cristianos eximiéndolos espresamente del poder inquisitorial. Ni favorecia tampoco demasiado el desarrollo del elemento religioso, ni su preponderancia sobre el principio civil. En vez de ayudar con su poder á la propagacion de las órdenes regulares, estorbó frecuentemente sus establecimientos en el reino. No dejó entrár en Castilla á los Capuchinos, y, ejemplo único en su linaje, murió sin dejar á los Jesuitas muestras de su liberalidad. Declamando con frecuencia contra la gran muchedumbre de relijiones y el aumento de tantas órdenes, de-

cia que lo único conveniente era reducir las nuevas á las antiguas y mantenerlas en toda la integridad de su institucion, pues al paso que marchaba la época, era de temer que abundase el mundo mas en religiones que en piedad.

Superior á casi todos los magnates de su siglo y á Antonio Perez que, á pesar de su inmensa ilustracion y de su claro talento, consultaba á los astrólogos y tenia un tanto de fé en sus agujeros, Felipe II, despreciaba la astrologia, dudaba de la magia y condenaba públicamente la adivinacion y los pronósticos. «Los secretos del porvenir», decia, están cerrados para la miseria del hombre: estos temerarios juicios quieren prevenir al de Dios.»

Si bien naturalmente altivo y severo, disimulaba las ofensas que no queria castigar, sin hablar jamás de ellas; pues solia decir que en tales ocasiones es el sumo saber hacerse el desentendido.

Con semejante caracter dominaba Felipe II, y tenia á raya á sus mas ambiciosos cortesanos. Profesábanle un respeto temeroso sus palaciegos, temblando ante su presencia. Pero afable é indulgente á veces en su vida privada, era nímio y severo en demasia al tratar con sus agentes los negocios públicos. Felipe II se ocupaba con estremada atencion de los cuidados del gobierno. Las enseñanzas de la historia, los ejemplos contem-

poráneos y los profundos consejos de su padre, habian dado á su caracter desde sus primeros años abundante fondo de madurez y de experiencia. Basta leer las instrucciones que comunicaba á sus embajadores para convencerse de la reflexion, estudio y sagacidad política que presidian á todos sus pasos. Instruido, como ninguno de sus consejeros, en la administracion y recursos de la monarquia, enderezaba por sí solo el timon del Estado, enseñando frecuentemente á sus ministros el modo de despachar con rapidez y aprovechamiento.

Arreglada bajo una planta cómoda y conveniente los negociados de sus Secretarías, distribuyó las materias entre sus Secretarios, dando á cada uno lo que podia facilmente desempeñar. Como gobernaba por sí mismo, necesitaba agentes instruidos que ejecutasen con inteligencia sus mandatos: así daba entretenimientos y sueldos á los oficiales de capacidad, á los jóvenes que se distinguian en cualquier carrera, honrándoles y haciéndoles merced con el objeto de tenerlos á su lado y formar un plantel de ministros para en adelante. Cuidadoso de recompensar el mérito y de distinguir á los hábiles, mandó á su Secretario de cámara Juan Vazquez de Salazar formar una relacion de todos los que sirvieron ministerios desde los tiempos de Fernando V. Pocas veces empleó á los grandes de España en ele-

vados puestos, acostumbrando á decir que nada era el talento sin el estudio, y llamando á las Secretarías Seminario de los hombres de estado.

Prudente y cuidadoso en el despacho de los asuntos, examinaba el rey por sí mismo los papeles antes de poner su firma. Gustábale proceder con orden y método en la administración para aliviar su peso y facilitar la buena inteligencia. Amigo de la claridad, devolvía una instrucción cuando un período confuso podía perjudicar á su efecto. Fuerte en conocimientos gramaticales, no disimulaba las faltas en el lenguaje ni la incorrección en el estilo, llegando al extremo de hacer copiar tres veces á un ministro una misma carta por hallar faltas de ortografía, y de despedir á otro porque no apuntaba bien. Enterado de todo por los personajes de su corte, conservaba en su memoria las circunstancias mas indiferentes de un asunto intrincado: sus Secretarios, antes de negociar con él, estudiaban y examinaban las materias en cuestión como si á confesar fueran.

Naturalmente reservado, holgaba sin embargo de confiar sus servidores todo cuanto el vulgo decía, todo cuanto á la pública utilidad tocaba, sin respeto al favor ni al poder: así peligraron en su reinado muchas alturas. El secreto era el alma de sus designios: todos sus ministros y cortesanos cuidaban

de guardar silencio sobre lo que llegaba á su noticia, sabiendo que la indiscreción era un defecto imperdonable para el rey. Así los embajadores extranjeros vivían en Madrid sin entender nunca la política española.—Jamás vendía él tampoco lo que le confiaban: todos los cortesanos iban á contarle cuanto sabían acerca de sus mas poderosos consejeros, seguros de que el origen de sus noticias no transpiraría jamás. Y de tal modo amaba la reserva, que era parte para alcanzar su favor y tener mas lugar en el gobierno imitar la discreta conducta del monarca. El Presidente de Ordenes reveló en una ocasión á la reina doña Ana lo que habia dispuesto en un testamento que otorgó en Badajoz durante su peligrosa enfermedad: supolo el rey: llamólo á su presencia y tan áspera fué la reprensión que le dió por su conducta que el infeliz se retiró á su casa y perdió la vida. «Los designios de los reyes, decía Felipe, deben abrásar la garganta del que los revela: si se deja discutir por el vulgo las causas de proveer, de castigar, dar y pedir, espondráse á la censura la autoridad que manda, y supondráse flacos fundamentos á las mas hidalgas resoluciones.»

Para que sus designios no pudiesen divulgarse, tenia tal cuidado con los papeles de su mesa que hasta advertía el orden con que los dejaba. Negociando un dia con Mateo Vazquez, vió desde otra pieza

que un ayuda de cámara los hojeaba para buscar una consulta sobre un negocio suyo; y, dirigiéndose á un gentilhombre, le dijo: «decid á aquel que no le mando cortar la cabeza por los servicios de su tío Sebastian de Santoyo que me le dió.»—Pero lo que no podía sufrir era la mentira: faltar á la fidelidad ó á la legalidad no esperaba perdon. Dos de sus ministros murieron desterrados por haber ocultado la verdad en sus relaciones. No daba gran valor á las palabras; pero atendía mucho á la intencion, al pensamiento de sus consejeros.

Amigo de la exactitud, advertía con indulgencia leves faltas que escapaban á la atencion de sus Secretarios.—Llevándole á firmar una carta con título de Provincial de una religion, dijo: «No hay sino General en ella, vuélvase á hacer.»—Firmando una venta para un D. N. de un lugar de behetria, escribió al márgen: «vuélvase á hacer sin el don, porque no puede haberlo en lugar de behetria.»—Pidiéndole facultad un clérigo para que heredase una hija suya setecientos ducados de renta, anotó: «Bastan ciento para hija de clérigo.» Dando prisa al Presidente de hacienda para que le enviase una cuenta importante, y alegando aquel que podría venir errada, le respondió: «No importa como venga cierta.»—Estos detalles casi insignificantes dan una idea de la minuciosidad y atencion de su despacho. Lo que escri-

bia era incalculable: casi todas las consultas iban anotadas de su puño. Cuidadoso de la cortesía y decoro en las relaciones entre principes, frecuentemente daba en elegante estilo los borradores de las cartas.

No cansándose jamás, trabajaba mas que ningun ministro en la expedicion de los negocios. Perpetuamente asistía á los despachos, y cuando iba de camino llevaba su bolsa de papeles en cuyo exámen se entretenía en vez de descansar. Con lo que por sí mismo decretaba en dos horas, ocupaba á todos sus Tribunales y Secretarios, leyendo luego todo cuanto le presentaban y acordándose de todo cuanto había leído. Presidia rara vez los consejos, aunque se hacia referir cuanto había pasado; porque una de las mas eficaces advertencias del Emperador le recomendaba la ausencia de las sesiones de los cuerpos colegiados, como el mejor medio de dejarles libertad en la discusion y en el acuerdo.

Tal era en sus designios y en su caracter, tal era en su despacho y en su política el rey Felipe II. Superior en talento y energía, en experiencia y conocimientos á los mas hábiles magnates de España, ni le arredraba el temor, ni le engañaban las lisonjas. Un soplo suyo derribaba de repente en el polvo á los mas encumbrados palaciegos y los que le juzgaban distraído caían pronto víctimas de su error. Antonio Perez,

jóven, sagaz y flexible, se elevó á la mas alta posicion en el favor del rey; Secretario de Estado, Protonotario luego de Sicilia, con participacion en los negocios de Italia y agente de los proyectos ocultos de Felipe, era, por decirlo asi, el ministro universal del reino. Todo iba á parar á sus manos, y al lado del monarca parecia inalterable su fortuna. Y mientras que descansaba el favorito en su orgullo, preparábanse á estallar des acontecimientos, sin relaciones en apariencia, unidos en realidad, que, pretesto público, causa secreta, crimen al par que error, habian de enlazarse intimamente para minar el alcázar de su privanza.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

A LA REVISTA DE TEATROS.

Concluida en sus dos artículos la polémica del Sr. Hartzembusch, cumplimos nuestro propósito de contestarle. Aunque brevemente, tocaremos todos los puntos de disputa, todas las inculpaciones por pueriles y nimias que nos parezcan, explicando nuestras ideas suficientemente indicadas en el examen que en globo hicimos del movimiento dramático en España.

Tal vez no debiéramos ocuparnos de la primera parte en que el Sr. Hartzembusch exagera, para combatirlas, nuestras opiniones, conociéndose facilmente que es tan solo una preparacion para llegar á su verdadero campo de batalla, al equivocado y sobre manera severo juicio que en su entender hemos he-

cho de la nueva escuela. Hay una verdad innegable; la indiferencia del público que, bien sea por justicia, por ignorancia ó por corrupcion, inunda el teatro las noches de drama nuevo abandonándolo en seguida para asistir semanas enteras á una disparatada comedia de majia; y no tanto ahora como hace poco; porque ahora indudablemente el teatro vá saliendo del estéril camino en que ha marchado. Segun nuestros alcances quisimos explicar este hecho; y si, como es muy posible, nos hemos equivocado, si hemos acusado á los dramas románticos de culpas innegadas, consuélanos al menos ver que no estamos solos en este error, pues la misma *Revista de Teatros* que combatimos, dice en su primer artículo «el teatro español moribundo tantos años há parece haber hecho crisis hoy; y que alimentado casi esclusivamente por las peores comedias que se ejecutaban allende los Pirineos, traducidas por malísimos traductores, se llegaba ya á desconfiar de su regeneracion, cuando últimamente ha renacido la esperanza etc.» Menos decíamos nosotros cuando escribíamos hablando de la invasion romántica: «Su reaccion ha calmado ya; la manía de las imitaciones vá pasando lentamente: la estravagante moda por fortuna se acabó.» Mas dice el señor Escosura, poeta dramático moderno y antes que todo hombre de talento claro, citado justamente por el Sr. Hartzembusch, y que vé algo mas lejos que él, en una carta de París que acaba de publicar la *Revista andaluza*. Juzgando sin amor propio la época actual, sin apegarse á sus obras, se espresa con estas palabras: «Literatura dramática, orijinal conforme á la indole, costumbres y gusto del pueblo español, ni hoy existe ni tampoco ha existido entre nosotros desde que pereciendo la escuela de Calderon y Lope, concluyó el siglo de oro de nuestra poesia. Si por aventurada tiene vd. esta proposicion, vuelva la vista á la, producciones teatrales del pasado siglos

recuerde lo que ha visto en este, que yo me prometo que su buen entendimiento no juzgará español lo que realmente nació extranjero.» «En los dramas modernos lucha penosamente el ingenio español con las formas exóticas que le agovian.» «Por eso dramas aplaudidos extraordinariamente hoy se olvidan mañana.» Hemos citado estas palabras por el origen que tienen, por haber hallado este refuerzo inesperado, y para consolarnos en algun modo con tan buena compañía del destierro que sin duda merecemos por nuestras blasfematorias censuras contra el arca santa de la moderna y pronto talvez, olvidada escuela.

Aunque no nos parece lo mas lógico pues hay alguna divagacion, seguiremos en nuestra respuesta el orden y la manera de citar observados por el señor Hartzembusch.

«Transformacion en el teatro no cabe esperarla tan presto, dice, porque siendo malo, según el Sr. Bermudez, todo cuanto han escrito los autores que hoy viven, mientras el público los tolere, mientras no se mueran ó salgan otros á ocupar su puesto, es claro que el teatro español habrá de quedar bajo el mismo pie.» Francamente, no vemos la legitimidad de la consecuencia: sin morir ni retirarse pudieran los autores censurados reformar su manera de escribir y no para que el público los tolerase sino para que los aplaudiese. Pero hasta la promesa es falsa. ¿Cuándo hemos dicho que es malo todo cuanto han compuesto los modernos autores dramáticos? Hemos criticado en general la invasion exagerada del romanticismo, sin nombrar siquiera algunas producciones originales que, si bien no estan arregladas á nuestro modo de juzgar, contienen á veces bellezas de primer orden; la razon de nuestro silencio ha sido muy sencilla: no nos permitian los limites de nuestros artículos, ni la forma general que les habíamos dado señalar escepciones, ni

tampoco ciertas piezas constituyen un sistema ni forman época en el arte; y solamente épocas y sistemas hemos querido examinar.

¿Por qué al citar el Sr. Hartzembusch nuestras palabras sobre la tragedia griega olvida ó omite una frase que disipa toda su impugnacion? Hemos dicho: «la tragedia griega es la forma mas correcta y pura entre todas las creaciones escénicas: ninguna revela una inteligencia mas profunda, un conocimiento mas completo de las condiciones del arte en su expresion mas abstracta é ideal.» y esta idealizacion abstracta se aviene mal con el artificio que consiste en los telones, maquinaria y declamacion en cuya perfeccion vé el Sr. Hartzembusch la pureza de la forma. Los recursos materiales son la parte mas vil y grosera de las creaciones dramáticas que salen sin ellos, armadas, como Minerva, de la mente del poeta: poco importa que estén mas ó menos abastecidos los teatros: todos piden inmensas concesiones á los espectadores que nunca buscan la ilusion en los adornos del foro sino en las situaciones creadas por el autor. Para evitar sin embargo mala inteligencia, añadimos á nuestro periodo esa frase tan oportunamente omitida por el señor Hartzembusch. Pero aun sin ella, jamás hubiésemos creído que un autor dramático colocase la forma artística y abstracta en los telones del maquinista y el silvato del director: la forma dramática se asienta en mas altas regiones: su atmósfera es mas elevada, porque está en el orden de los pensamientos del poeta, en la regularizacion del interés, en las leyes que determinan la verdad escénica. Ni importa nada la declamacion ó cantaría con que representaban los actores griegos, ni los coros de sus tragedias; lo primero desapareció pronto; lo segundo se avenia perfectamente con el estado de aquella sociedad. Si la nodriza y el esclavo hablaban en un estilo casi tan culto

como el monarca, y el héroe, era porque el esclavo y la nodriza habían educado al héroe y al monarca: ni Ajax ni Teséo habían estudiado en Universidades. Por otra parte hemos hablado relativamente, y relativamente vale mas, que un esclavo espresase sus pasiones de esclavo en estilo culto que, como hemos visto frecuentemente en modernos dramas, manifestasen las clases mas bajas de la sociedad ideas y sentimientos que no están en su educacion, en sus necesidades y en sus costumbres.

Niega el Sr. Hartzenbusch que para que una forma domine en la escena con justicia es necesario que corresponda á un estado análogo en las condiciones de la sociedad. Sin atender al ejemplo de Grecia, de Francia en tiempo de Luis XIV y de España en el siglo XVII, cuenta una larga historia del modo que tuvo Corneille de hacerse clásico: como no comprendemos de que sirve averiguar si un autor elige un género instintivamente ó por ejemplos y consejos, con tal que entre en un camino dado, nada hallamos que contestar á este punto.—Ciertamente es que durante cincuenta años se han confundido todos los géneros en nuestra escena; pero tambien es cierto que no es la era mas brillante de nuestro teatro, porque se puede decir que no lo teníamos ni nos ocupábamos de él, aunque se representaban las comedias de Moratin que dominaron justamente un tiempo pero que no bastaron en las convulsiones políticas á crear un drama nacional. En tiempos de la revolucion, se sostuvo en Francia la forma clásica á pesar de la guillotina y la guerra; pero ciertamente es absurdo citar como época teatral la época de la revolucion: entonces nadie se cuidaba de la escena, en que, alguna vez, por orden del gobierno, se ponian griegos y romanos á la vista del público, aun que mas frecuentemente se representaban farsas atroces de circunstancias. Todo lo contrario sucedió en el Imperio: la unidad reinaba en la sociedad

y en el poder que la dirigía: la forma griega volvió por tanto á dominar exclusivamente en el teatro, y tan grande fue su impulso que, diez años despues de la caída de aquel sistema no se aplaudia en Francia mas que á Jouy, Arnauld, Lebrun y Delavigne.—Probar que debe haber analogías entre la sociedad y las formas dramáticas es vasta empresa que, despues de cuanto se ha escrito, no creíamos necesario acometer: ni comprendemos para que sirve el teatro si no es mas que una farsa acomodada á todas las costumbres, á todos los hábitos, á todas las creencias, entiéndalas el pueblo ó desconózcalas. Por lo demas si el Sr. Hartzenbusch asegura que el coturno trágico es estrecho para los héroes modernos, tendrá razones para nosotros desconocidas: creíamos hasta ahora que donde caben Cesar y Alejandro puede caber cualquiera de nuestros grandes hombres por alto y encumbrado que se halle.

El Sr. Hartzenbusch halla contradiccion en nuestras palabras cuando hemos asegurado que Lekain, Talma y Maíquez no encuentran sucesores, al paso que tributamos elogios á M.^{lle} Rachel. Entendámonos. *Ex fide* hemos dicho que declama con sencillas maneras y natural acento los clásicos versos de Racine y de Corneille y no creemos que sea esto un encomio exagerado. Pero, aun cuando estuviésemos engañados que es muy posible, aun cuando fuese inimitable, sería sola, es decir escepcion: ademas sus mas apasionados admiradores confiesan que las cuerdas de las pasiones tiernas no vibran en su alma: y sin sentimiento, sin ternura puede existir una excelente actriz, pero no una actriz trágica completa. Representará magníficamente á Rojana: nos fastidiaría en Andrómaca.

Llegamos á Moratin; y á la verdad que es triste ver cuan miserablemente intenta abatirlo y desacreditarlo el Sr. Hartzenbusch. No hemos tratado de elogiarlo, como asegura, á costa de Martinez de la

Rosa, Gorostiza y Breton de los Herreros: hemos dicho que el punto de partida de estos tres poetas cómicos es el mismo: viniendo despues de Moratin, siguieron sus huellas sin alcanzar entre sus justos y merecidos lauros, la sencillez y claridad de sus enredos ni la espresion de su bellissimo lenguaje. Esta es verdad en nuestro entender y creemos que es una verdad reconocida. Moratin está á mayor altura y es razon que así sea. El Sr. Hartzembuch toma el partido de los autores vivos y hace bien porque nada hay que temer de los muertos; pero al menos no exagere nuestros pensamientos para realzar la gloria de los contemporáneos: los hemos censurado y alabado al par, aunque sin levantarlos sobre el autor del *Viejo y la Niña*. Ni hay contradiccion en la sonora pompa que prestamos al lenguaje sencillo y llano de Moratin; el idioma español es naturalmente pomposo y trozos hay en el *Baron* y en el *Café* llenos de rica abundancia y lozania.

No sé porqué dice el Sr. Hartzembuch que trato de ensalzar á Calderon comparándole con el autor del *Si de las Niñas*: he espresado terminantemente lo contrario, porque he reconocido la inmensa superioridad del primero.—O es una distraccion de su pluma, ó el Sr. Hartzembuch debe leer con mas atencion.

Lo que menos comprendemos es el empeño que pone en disputar su originalidad á Moratin: conviene luego en que hay una imitacion licita; y se afana sin embargo en buscar semejanza entre sus tipos y los de Moliere para rebajarlos, repitiendo todas las envidiosas criticas de sus rivales. Moratin no copió, estudió al autor frances á quien admiraba; estudió en él los secretos del arte escénico sin dejar por eso de pintar lo que veia. Si alguna vez se parecen, es porque habia muchos puntos de contacto entre la sociedad de Luis XIV y la sociedad formada por los nietos de Luis XIV. ¿No es permitido estudiar?

Todos los grandes poetas dramáticos han aprendido en otros: los tontos no estudian y los pedantes roban sin confesar sus saqueos. ¿Dejó de ser oriijinal Moliere que imitó, copió y tradujo piezas españolas? ¿Dejó de ser oriijinal el gran Corneille que tradujo, imitó y copió las buenas comedias de nuestro antiguo teatro? ¿y dejó de ser un gran poeta Moreto que se apoderó frecuentemente para sus dramas de argumentos de Calderon y de Lope? No dejaron de serlo, porque si tomaron alguna vez de los demas, pusieron casi siempre muchos frutos de su magnífica fantasia. Como dice Alfieri, «los secretos del arte dramático se adquieren con la lectura y entonces se desarrolla la tendencia particular de cada uno: las ideas ajenas se combinan con la digestion del entendimiento para hacerse pensamientos propios.» Moratin estudió mucho en Moliere hácia cuya escuela le inclinaban su propio talento y las necesidades de la sociedad que le rodeaba. «Ni habia, como hemos dicho en otro artículo, gran fecundidad de recursos escénicos ni imaginacion creadora en su cabeza; el fondo de sus artificios se halla pronto agotado» pero no elevándose á mas de lo que alcanzaba su ingenio supo elegir un campo que al par de ser la espresion de la sociedad de su siglo, era un cuadro donde podia caber su talento cómico, dando vida á tipos singulares que desaparecen de dia en dia.

Hemos juzgado en verdad con algun rigor á los dramas románticos que mueren y se desprecian ya por los mismos que en el calor de sus primeras impresiones les consagraron una admiracion insensata; y el señor Hartzembusch, sin duda para detener nuestro ataque, forma en batalla los nombres de todos los poetas que han escrito piezas dramáticas en estos últimos años, como si todos los allí nombrados se hubiesen entregado á la reaccion francesa; Pelegrin por ejemplo, ha sido siempre su antagonista, Zorrilla y Rubí han imitado ó estudia-

do al menos en nuestras antiguas comedias; y algunos otros de los que aun siguen escribiendo, y entre ellos el duque de Rivas, cada vez entran mas en la fecunda senda que siguieron los autores del siglo XVII. Y es tan clara esta verdad, que firmemente creemos lo que dijimos en los artículos impugnados: la extravagante moda va perdiendo su prestigio, y casi todos los que á ella se entregaron al menos los que tienen porvenir se rien ya de sus propios y tal vez inevitables escesos.

Maravillase el señor Hartzembusch de nuestras ideas liberales en literatura dramática porque hemos defendido á los poetas clásicos: cabalmente esta es la mejor prueba: damos á cada uno lo que es suyo. La forma aristotélica era el alto punto de la perfeccion para las sociedades de Grecia y Roma, porque todo estaba allí comprendido: en la Francia del siglo XVII era aplicable por la unidad que la dirigia: y tal ha sido la admirable belleza de esta forma que ha reinado sin rival entre los griegos, ha sido la única reconocida por los romanos y, á pesar de tantos trastornos sociales, de tantos siglos transcurridos, vive hoy. Nunca ha sido aplicable en España, y en las demas naciones no es soberana como lo era; pero por eso ¿hemos de negar los inmensos servicios que ha hecho á la literatura? ¿dónde estan los monumentos que puedan compararse á sus producciones? Nadie construye ya edificios de estilo gótico, pero porque haya pasado ¿dejaremos de prestar un homenaje de admiracion á nuestros soberbios conventos, á nuestras magníficas catedrales?

Nosotros creemos que la libertad es necesaria al pensamiento porque sin ella no puede volar; y tan lata es nuestra doctrina, que hemos consagrado la admiracion mas cumplida al mas libre y atrevido de todos los poetas, á Calderon; pero la libertad del ingenio debe ser limitada por las eternas reglas de la razon y del buen gusto. Enca-

denar con trabas convencionales las alas de la fantasia es ahogar en su cuna las creaciones del talento: aplaudir los delirios de una imaginacion estéril ó estraviada es colmar de cieno los manantiales de la inspiracion; es confundir en la hojarasca pasajera de la moda la rama del laurel eterno de la poesia, es hacer que el elevado ingenio de Góngora produzca, pregonándolo, el *Polifemo*.

Si tuviésemos, como el Sr. Hartzembusch, la mania de escudriñar pequeneces y nombres propios ¡cuanto tendríamos que decir al ver á Martinez de la Rosa entre los poetas románticos por haber escrito la *Conjuracion de Venecia*! ¿Qué diríamos de la inoportuna cita de Breton de los Herreros que dejó estraviado por la moda su vena graciosa y original para escribir la *Elena* y *D. Fernando el Emplazado*, dramas románticos que le valieron la mas universal y justa censura? ¿Ha vuelto Breton á escribir en ese género? ¿Para qué lo cita entonces si se vuelve en contra suya su argumento?

Ni se engañe el Sr. Hartzembusch: la multitud de piezas originales que se dan ahora al teatro no nace del género que se ha adoptado: nace de ese espíritu de actividad que se nota en todas las artes y principia en todas las ciencias; de ese movimiento intelectual que conmueve á la Europa y se despierta en nuestro pais, inundando todos los cauces que se abren para saciar su noble ambicion. Por otra parte no es la abundancia la cualidad principal de la literatura: una comedia de Moratin valdrá mas que todas las de Comella.

La prostitucion de los recursos escénicos ha sido una de las mas graves faltas de la invasion romántica: el Sr. Hartzembusch no ve ese caos. No son los puñales, los venenos, los adulterios, los incestos, los suicidios, las violencias, las venganzas sin freno, el sacrilegio y la violacion lo que aféa la escuela invasora sino la manera de aplicar reme-

dios tan peligrosos. Usábalos la tragedia clásica, pero ¡con cuanta parcimonia, con cuanta economía! Además, fácilmente se comprende al severo Catón desgarrando sus entrañas al saber la caída de la república: fácilmente se comprende á la voluptuosa Cleopatra aplicando á su seno el aspid venenoso al verse vencida, muerto su amante, perdido su floreciente imperio, pero ¿cómo ha de concebir el público que el suicidio sea uno de los medios mas usuales del desenlace? ¿cómo ha de parecer natural el veneno y la daga en manos de cualquier joven cuyo amante le ha sido infiel, en manos de cualquier dama cuyo adulterio ha sido descubierto por su marido? El pueblo vé todos los dias cuan pacíficamente se desatan habitualmente esos nudos en la sociedad que le rodea y se rie del teatro que no le presenta la verdad.—Y si pasamos al drama histórico ¿es posible que desconozca el Sr. Hartzembusch la continua falsificación de la historia antigua? Odioso seria citar ejemplos para probarlo; pero difícilísimo fuera conocer en nuestra escena los personajes españoles, las costumbres de nuestro pais. El feudalismo francés ha sido constantemente el feudalismo del teatro: dice el Sr. Hartzembusch que en ambas naciones ha existido: pero ¿en qué se parece nuestra edad media únicamente ocupada en la guerra contra los árabes á la edad media de Inglaterra y Francia? todo era distinto: hasta las pasiones tomaban otro rumbo.

Tal vez nos hemos detenido demasiado, cansando con nuestra polémica al público, pero hemos querido por una sola vez restablecer el derecho del examen. Disipados, en nuestro entender, los errores que con tan pobres y vulgares argumentos nos atribuía el Sr. Hartzembusch, responderemos á la última y mas modesta parte de su artículo que no solamente hemos tenido en cuenta las dificultades de una revolucion teatral en las circunstancias que acompañaron á la nuestra, sino que hemos dis-

culpado hasta sus escesos, explicándolos para hacer ver cuán naturales eran. Restablecida la calma literaria hemos expresado libremente nuestra opinion: hemos dicho que la batalla y el delirio habian concluido para siempre; y solo el amor propio de autor resentido ha podido ofuscar la razon del Sr. Hartzembusch para hacernos decir en vez de nuestras palabras, severas sí, pero no injustas, que todos los dramas modernos son en todas sus partes y bajo todos conceptos detestables. El señor Hartzembusch si vuelve á leer nuestros artículos, despues de estas esplicaciones, comprenderá facilmente cuan necesaria es la templanza en el exámen y la serenidad en el juicio para no caer en errores que de otro modo se evitarian.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

UN BAILE

EN EL BARRIO DE SAN GERMAN

en París.

FRAGMENTO DE UNAS MEMORIAS INÉDITAS.

Las once serian poco mas ó menos cuando llegamos mi amigo Enrique y yo á casa de la princesa. Tres grandes salones consecutivos, adornados con un gusto esquisito y ricamente alfombrados, contenian en su vasto recinto innumerable multitud de damas y caballeros, flor y nata de los dos mas aristocráticos barrios de París, el de San German y el de la Chaussée de Antin, ofreciendo á cada cual segun su edad y sus



inclinaciones, los diferentes pasatiempos del baile, el juego, la lectura ó la conversacion. Presentaba la sociedad en su conjunto un soberbio punto de vista, á que contribuia en gran manera el vivo esplendor con que la iluminaban las muchas arañas y lámparas que, pendientes del techo, casi sin interrupcion se sucedian. Llenaban los sillones y canapés tanjentes á las paredes gran número de ancianas y venerabilísimas señoras, cuyos trajes bordados de inmensos florones de seda, plata y oro, fueron, si hemos de creer á nuestras abuelas, muy modernos hace cosa de siglo y medio, ni mas ni menos que sus enormes turbantes de terciopelo flanqueados de plumas de aves del paraíso y sus rostros cubiertos de albayalde y de carmin. Sentadas estaban, semejantes á una larga fila de cariátides egipcias, flechando sus gemelos sobre los muchos jóvenes que de un lado á otro se paseaban, el cñac debajo del brazo, ó formaban bulliciosos corrillos en medio de los salones. Componian las tales señoras un respetuoso arcópagó en que se discutian severamente el mérito de los actuales *fashionables*, muy inferior al de los antiguos *pisaverdes*, segun la opinion de las susodichas damas antidiluvianas. Lamentaban amargamente la inestimable pérdida de la coleta, el casacañ, el espadín atravesado por los riñones y mas que ninguna otra la del elegante y reposado minué. Claro está que en todas estas lamentaciones iba envuelta disimuladamente la de sus propias hermosura y juventud, para la cual lamentacion no les faltaban por cierto fundados motivos. En cuanto al mérito de algunas hermosas damas, que apoyadas en el brazo de los galanes, se paseaban tambien lentas y desdeñosas, respondiendo con amable sonrisa á los cumplimientos de sus admiradores, no se daba el consejo de las discretas ni aun siquiera el trabajo de discutirle pues todas *nemine discrepante*, convenian en que eran feas y estaban vesti-

das sin gusto por la simple razon de que no llevaban ni chapines ni tontillo.

Acerqueme á saludar á la princesa.—¿Y cómo tan tarde? me dijo; ya se han bailado dos contradanzas y un vals y el jueves pasado no pareció vd. por aquí. ¡Ah! buena alhaja! Yo sé quien le echó á vd. muy de menos.....—Cosa admirable es en verdad el inagotable caudal de alocuciones amables que poseen las señoras de buen tono para dirijirlas tanto á los hombres como á las damas, adaptándolas con admirable sagacidad á la edad y caracter de la persona con quien hablan, dejando á todos contentos y satisfechos creyéndose los preferidos, siendo asi que de todos hacen el mismo caso.... escepto sin embargo del afortunado chichisleo.

Empezaba la música á tocar un rigodon: despues de haberme provisto de una pareja frontera fui á sacar á una señorita pálida y rubia á quien nunca habia encontrado en paseo ni sociedad alguna y cuya fisonomia languida y mediatubunda me inspiró desde el primer instante una viva simpatia: procuré varias veces trabar conversacion con ella.—Mucho calor hace, señorita.—Si señor, me respondió con un eco de voz dulce como la esperanza, y sus ojos se dirijian tristes y melancólicos hacia una señora bastante gruesa y vestida con un lujo verdaderamente asiático, que parecia á la sazón muy ocupada en comparar la longitud de su mano con la de un elegante jóven que, sentado junto á ella, y dirijiéndola sin cesar insípidos cumplimientos, era escuchado por la gruesa señora con aquel aire de satisfaccion y aquellas miradas de inteligencia que revelan al público secretos que nunca debieran dejar de serlo. Mucho afligia á mi linda *partner* esta ridicula escena; con todo, no tardé en saber que aquella señora gruesa era su madre, que el jóven era un aventurero atraído por la fama de ricas que ambas tenian.... esto me bastó para adivinar que aquel jóven era el amante de

la señorita.... ¡Pobre niña! ¡cuanta compasión me inspiró desde aquel momento....!

Apenas se acabó el rigodon, pedí noticias á Enrique acerca de la madre y de la hija.—Imposible me será satisfacer enteramente tu curiosidad, me dijo. Un mes hará con corta diferencia que llegaron á Paris viniendo de la Provenza, si no me engaño, donde la madre, viuda de un general muerto en la última guerra de España, ha criado á su hija en una casa de campo, lejos de la sociedad, en medio de una inmensa biblioteca compuesta de poetas y novelas cuya lectura la ha dotado de ese aire sentimental que tan interesante la hace á tus ojos de *romántico*.... pero como te digo, todo esto no es mas que una suposición, porque apenas la conozco.... mira, aquí tienes al señor que podrá darte mas amplios informes si quieres pedir su mano, añadió con una sonrisa irónica, indicándome el jóven de quien hablé poco antes; el señor á lo que parece, la conoce mas á fondo.—Cuidado, Enrique, le dije, precávetes contra la manía de lucir tu ingenio á costa de los demas, de las mugeres sobre todo.—Bien dices, respondió despues de haber reflexionado un momento, y apretándose me la mano afectuosamente se separó de mí.

Reune mi amigo Enrique á un nacimiento ilustre una gran vivacidad de ingenio y un corazon excelente; pero habiendo perdido á su padre desde la infancia y entregado á la tutela de una madre demasiado cariñosa para bien dirigir su educacion, ha contraido casi todos los defectos que se observan en los jóvenes que antes de la edad regular empiezan á frecuentar las sociedades y á campear, como suele decirse por su respeto. Sin ser lo que se llama un fatuo, tiene una dosis de presuncion muy superior á lo que comporta la verdadera modestia; y un número considerable de fáciles conquistas, le ha inspirado hácia el sexo hermoso

una especie de indiferencia que dejenera á veces en el mas insultante desprecio. Si conservára á los treinta años estos mismos defectos seria lo que se llama un ente indigno; pero por fortuna no tiene mas que veinte, y es probable que se corrija. Tiene talento.

La tristeza en un baile es cosa que debe desecharse á toda costa. Para disipar las sombrías ideas que habia escitado en mí la vista de mi melancólica pareja, me acerqué á una mesa de *ecarté* y eché un luis de oro al lado del jugador cuyo semblante me pareció de mejor agüero. Perdí cuatro veces seguidas, y no gané hasta el quinto pase; pero no se halló entonces sobre la mesa mas que el dinero que yo habia puesto y el de un jóven que jugaba del mismo lado que yo, sin que fuera posible por consiguiente pagarnos nuestras ganancias. Esto me recordó lo que habia yo leído en un artículo de M. Arago *sobre los caballeros de industria* que segun aquel célebre escritor, abundan no menos en las callejuelas solitarias que en los aristocráticos salones de las princesas.

Estaba sentado en un confidente cerca de la mesa de *ecarté* una señora de aspecto meridional, cuyo tocado seguramente muy elegante, tenia un *no se qué* de extraño é irregular que indicaba en aquella jóven un caracter novelesco y caprichoso. No sé quien ha dicho que el rostro es el espejo del alma; yo creo que lo es mas bien el traje. Muy facil me seria conocer el caracter de un hombre ó de una mujer á la simple inspeccion de uu vestido habitual, y ciertamente no lo haria mirando su rostro solamente. Estrañóme mirando á aquella señora su continente juicioso y reposado, tanto mas singular en ella, cuanto sus ojos negros como el azabache y su diminuta boca llena de ironia, anunciaban una extraordinaria viveza y un caracter intrépido y bullicioso: era mas bien pequeña que alta, llena al parecer de malicia y de pa-

sion, esbelta y ligera como una italiana. Sentí al punto grandes deseos de trabar conocimiento con ella, para lo cual esperé á que acabase Enrique un eterno galop que estaba bailando en el salon inmediato con la mayor gracia posible y con toda la alegría de un niño recién salido del colegio; lo cual, sea dicho sin ofender á nadie, es á mi parecer una prueba de candidez y pureza de alma. El hombre que gusta del baile por el solo placer de dar brinquitos, es forzosamente un hombre muy de bien. Miraba ya con interés y curiosidad á la hermosa dama que antes dije, quien continuaba siempre en el mismo sitio, sin curarse en lo mas mínimo del juego ni de la danza, de los hombres ni de las mujeres;—parecía ocupada en hacer versos, segun estaba sumergida en profundas meditaciones. Tenia en la mano un lente de oro que ponía á veces como por distraccion, delante del ojo derecho, guiñando al mismo tiempo el izquierdo y que apoyaba sobre sus rodillas poco despues con un movimiento puramente maquinal. Sin embargo, acaso porque la chocase la mucha atencion con que yo la miraba, lo cierto es que mas de una vez fijó en mi sus hermosos ojos con una intensidad que me hizo bajar los míos á lo novicio; habia en su mirada una espresion verdaderamente singular.

Acabó por fin el galop y vi entrar á Enrique todo desalentado y enjugándose el sudor con un blanco pañuelo de batista y cifra de pelo; cojile del brazo y habiendonos sentado juntos en una otomana frente por frente al hermoso objeto de mi curiosidad, le pregunté si conocia á aquella señora.—¡Ojalá no la hubiera conocido! me respondió; mira, amigo mio, te aconsejo en caridad que evites esa peligrosa sirena, si la idea de enamorarte te aterra tanto como á mí, porque sabes que es lo se que llama *irresistible*. Hija de un embajador de Portugal en esta corte, se casó muy niña con un antiguo ge-

neral, compañero de Napoleon, quien la dejó viuda al cabo de pocos meses y dueña de inmensos caudales, que ella ha disipado ya á estas horas casi completamente en viajes aventurosos, y tambien, segun dicen malas lenguas, socorriendo á algunos jóvenes poco favorecidos de la fortuna.... Su conducta ha pasado siempre por muy equivocada á lo menos; ha sido sucesivamente el dulce tormento de todos los jóvenes á la moda que han brillado en nuestros salones de diez años á esta parte;—sin embargo las mugeres la sonrien, porque la temen, ni mas ni menos que los hombres;—algunos la aborrecen, otros la desprecian y nadie la ama.... escepto sin embargo un pobre cuitado con quien te haré tratar conocimiento si lo deseas. He tenido el honor de ser durante dos meses su *Cavaliere servente*,—y bien en vano por cierto, pues á pesar del mucho amor que juraba profesarme, nunca pude obtener de ella mas que muy ligeros favores, otorgados es cierto con un talento y un artificio que me hubieran vuelto loco.... si no me hubieran curado de raiz. Conozco á las mugeres, añadió atusándose el naciente bozo, y á perro viejo.... —Mucho avivas mi curiosidad, Enrique, le interrumpí sonriendo, confeso que me dices de su rara petulancia, y todo bien considerado, celebraria poder hacer esas observaciones por mi mismo.—Mira bien lo que haces, porque te repito que es irresistible.—Allá veremos.—Si te empeñas, no tengo inconveniente; á pesar de lo que ha pasado entre nosotros, repuso dándose cierto aire importante, todavia puedo sin incongruencia presentarla un amigo —Entonces nos levantamos.—Escucha, le dije, ¿cómo se llama?—Luisa.—Adelante, veamos á la *irresistible* Luisa.

—Señora, la dijo haciendo un profundo saludo, tengo el honor de presentar á vd. á mi amigo D. N. joven español, cuyo nombre supongo no le es á vd.

enteramente desconocido.—Seguramente, respondió con una sonrisa llena de gracia y de dulzura, y en cuya espresion me pareció notar que había adivinado la conversacion que acabábamos de tener Enrique y yo. No me acuerdo de haber recibido nunca de mujer alguna una acogida mas amable; no parecia sino que procuraba destruir la mala opinion que me habian hecho formar de ella las palabras de Enrique. Al cabo de pocos minutos parecia ya nuestra conversacion la de dos íntimos amigos. Hablamos de Enrique que habia ido á bailar una mazovka.—Es un buen muchacho, me dijo, pero demasiado niño á veces y á veces demasiado viejo para su edad. Parece que le quiere á vd. en extremo, pues muchas veces me ha hablado de vd. en términos que me hacian desear conocerle.—Sabia yo que esto no era verdad, y sin embargo la escuchaba con gusto. Otras mil cosas me dijo, á que solo respondí con vulgaridades, ocupado como estaba en contemplarla y en reflexionar acerca de lo que me habia dicho Enrique: sino lo hubiera ella remediado, seguramente hubiera nuestra conversacion caido por su propio peso. Un retrato en miniatura que llevaba incrustado en un bracelete nos dió ocasion insensiblemente para hablar de bellas artes.—¿Es vd. aficionado á las artes? me dijo.—¡Oh! si la respondí, á la poesia y á la pintura especialmente!—Esa exclamacion, dijo mirándome atentamente, revela un artista, porque es hija del entusiasmo. Yo tambien soy aficionada á las bellas artes y he pasado momentos bien deliciosos, contemplando una virgen de Murillo ó una batalla de Velazquez.—Obsérvese que sabiendo que yo era español, no me hablaba mas que de los pintores de mi nacion; lo cual es una discreta lisonja, que agrada siempre y no cuesta nada á ciertos caracteres. No me ocurrió á mi en aquel momento esta critica observacion, antes bien, imaginé que en efecto preferia como yo

los pintores españoles á los de todos los otros países, lo cual me hizo admirar la delicadeza de su gusto por la simple razon de que estaba de acuerdo con el mio.—¿Ha estado vd. en España? la dije.—Si señor, me respondió; llevóme mi padre á Madrid á la edad de quince años, y empleamos dos en recorrer las principales ciudades del reino.—Segun eso, debe vd. conocer nuestro idioma, que ademas no se diferencia mucho del de su pais de vd.—*Un poquito* me respondió en buen castellano, aunque con un acento portugués fuertemente marcado.—Entonces me permitirá vd. que no la hable mas que en la lengua de Cervantes y Calderon, en la cual me atrevo á esperar que será vd. bastante amable para contestarme.—Con mucho gusto, me dijo, tanto mas cuanto así tendremos el placer de que nadie nos entienda.—No me lo agradecerán mucho todos esos elegantes jóvenes á quienes me atrevo á asegurar que no es vd. del todo indiferente; acaso me maldigan por eso solo.—Y no perderá vd. nada.—Sobre todo si vd. me recompensa con su amistad.—*Con mil amores*, respondió, y en prueba de ello, suplico á vd. que sea mi amartelado caballero.... por esta noche solamente, pues no quisiera yo tampoco por mi parte atraerme odios y malas voluntades.

Levantóse entonces mi nueva conocida, y apoyándose ligeramente sobre mi brazo, entramos juntos en el salon del baile, donde por un momento me hallé del todo cortado al ver todas las miradas fijas sobre nosotros. Miróme Enrique guiñando los ojos y tapándose la boca con su pañuelo para ocultar una sonrisa irónica que vagaba sobre sus labios.—hizo Luisa como sino lo hubiera visto, á pesar de que estoy seguro de que no escapó esta circunstancia á su penetracion, recorriendo el salon de arriba abajo con Luisa, empecé poco á poco á acostumbrarme á mi situacion y entonces recibí con impavidez las maliciosas miradas de las



damas, que no parecían hacer la menor impresion en el ánimo de mi amiga. Fuese disipando la turbacion que me causaron al principio, porque no las esperaba, y aun llegué bien pronto á sentir una satisfaccion mezclada de orgullo, al verme por un momento el objeto de la atención universal. Dimos algunas vueltas por el salon hablando en castellano con bastante familiaridad, é imposible me seria repetir aquí todas las discretas observaciones, todos los rasgos de crítica ingeniosa que la inspiraron tanto los trajes como los caracteres de las personas que tenian la desgracia de escitar su atención. Habia alli individuos tan ridiculos naturalmente y era tal el entusiasmo con que los criticaba mi portuguesita, que mas de una vez me fué forzoso apretarla lijaramente el brazo para mitigar algun tanto los ímpetus de su escésivo buen humor. Sobre aquellos especialmente que se daban mas prisa á saludarla y á quienes dirigia la palabra con mas agasajo, disparaba ella con mas encarnizamiento las agudas flechas de su punzante sátira; y yo recibia tanto placer en escucharla, que apenas me apercibia de la mucha mordacidad que encerraban sus espresiones, porque ¡es cosa tan agradable oír criticar flaquezas de que nadie es bastante modesto para creerse tan ampliamente provisto como los criticados! Al atravesar un corro de pisaverdes que se habia abierto para dejarnos pasar, me dijo Enrique al oído:—Compasion, compasion para aquel infeliz, indicándome con los ojos un jóven bastante alto, rubio y delgado, cuya frente pálida y poética anunciaba un amargo sentimiento mezclado de una profunda pasion. Tenia el codo apoyado en el marmol de una chimenea y reclinada la cabeza en la palma de la mano, mirándonos continuamente con ojos tristes y melancólicos. No pude menos al ver á aquel jóven de compararle con la señorita de quien hablé poco antes y hallé en sus fisonomías espresiones tan semejantes

una á otra, que bien indicaban que su tristeza habitual provenia de la misma causa,—el amor—y ambos los compadeci con todo mi corazon.

(La conclusion en el número siguiente.)

Paris diciembre 1832.

EUGENIO DE OCHOA.

EL ALMA DESTERRADA.

LEYENDA

POR ANA MARIA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR D. E. DE OCHOA.

Las creencias místicas, los consuelos de la religion ganan terreno todos los dias. Séa que las almas piadosas necesiten en este siglo mas que en otro alguno las esperanzas de una vida mejor, sea que la sociedad espantada al ver el abismo que han abierto bajo sus pasos las creencias materialistas y el espíritu escéptico de las épocas revolucionarias retroceda, como por instinto, á buscar los sanos principios que abandonó en su locura, es un fenómeno constante para el observador la reaccion contra las ideas anti-religiosas y la tendencia hácia la fé. Así se ven ya despreciados y desatendidos esos libros que hace algun tiempo eran el alimento estéril de las imaginaciones jóvenes, y todos los que abrigan un pensamiento social, invocan las creencias religiosas como el maná que refresque las abrasadas fauces de un mundo perdido y sediento en infructíferos arenales.

Tal vez por esta razon, mas bien que por su mérito intrínseco, ha adquirido voga y fama la produccion literaria que analizamos ahora. El alma piadosa de una mujer se ha dirigido al público en una leyenda mística y sencilla; y el público ha aplaudido su voz. Seis ediciones sucesivas garantizan el favor con

que ha sido acogida en Francia la leyenda de Ana María. Y no puede menos de ser así. Empapándose en el lenguaje bello y parabólico de las Escrituras, ha descrito el autor un sentimiento de amor y de resignación. Dando cuerpo y aclimatando en la época cristiana una de aquellas dulcísimas tradiciones de los hebreos, en cuyos libros se ven bajar desde su altura á los ángeles para acompañar en su escabroso camino á los elegidos de Dios, la pluma elocuente de la escritora nos ha presentado las agonías de un alma que, después de gustar los inefables placeres del cielo, desdena y desatiende las pobres delicias del mundo. Resucitar á una virgen cuyo espíritu, hermano de los ángeles, tiene que abandonar el celeste coro en que alaba á su creador para bajar á la vida misera y material de los hijos de los hombres, es un pensamiento grande y fecundo, donde los anhelos del mas esquisito espiritualismo no pueden chocar á los lectores porque son naturales y propios del objeto. La peregrinación de un alma presa en su cárcel terrenal, pero afanosa siempre de esos goces divinos cuya memoria, confusa é indistinta, aunque grande y seductora, encanta y atormenta á la vez su fantasía, las agitaciones de una existencia devorada por el mas sublime de todos los deseos, el ansia de la eternidad, el amor á la muerte, única senda por donde la criatura vá á confundirse en la esencia de su Dios, recobrando su primitiva pureza, elevan involuntariamente la imaginación para llevarla á las regiones ideales de un mundo desconocido.

El argumento de la leyenda es sencillo, y su sencillez es un mérito indisputable. La mas hermosa entre las jóvenes de Judéa acaba de morir: lloran los mancebos y las doncellas: su pobre madre no halla consuelo á su dolor y vá á buscar al santo de la grujita de Ganim que vuelve la vida á su lha: María despierta del profundo sueño de la muerte y sus primeros

acentos son los ayes sentidos de la queja. El mundo está nublado para sus ojos: la luz divina que ha visto en los tres dias de su descanso sepulcral ha dejado en su alma un resplandor purísimo que hace sombrío al sol en toda su magnificencia. Sus rayos no tienen para ella ni calor ni vida; el viento de la tierra enfria su corazón: la naturaleza le aparece oscura y desolada. Sus recuerdos de angélica felicidad la agobian, y apenas la vuelta de Ruben, que la adora, y á quien amaba con vehemencia, puede conmover su distraído corazón. Su mente se pierde en largos y melancólicos arrobamientos; y en éstasis de amor y de místicas esperanzas anhela el momento que venga á romper las pesadas cadenas que la separan de la gran patria en cuyas dulzuras se había engolfado algunos instantes. Para consolar los amantes desvelos de Ruben, consiente en darle su mano, pero cada vez mas siente alojarse los terribles lazos de la vida, hasta que, poco después de la ceremonia nupcial, recibido el primero y mas casto beso de esposa, el destierro de su alma se acaba, y libre vá á gozar en los cielos la luz divina del trono del Altísimo.

La dulzura y la unción de esta leyenda se elevan por la sencillez y poesía de las imágenes. El sabor bíblico que reina en todas sus páginas les presta ese encanto particular de los escritos religiosos de Oriente. Tal vez hay alguna afectación en ese estilo monótono de imitación perpétua: tal vez hay pensamientos falsos é impropiedad en ciertas ideas; pero bajo el punto de vista general, la leyenda de Ana María ofrece ameno entretenimiento y bálsamo de esperanzas á la imaginación de los lectores. En los cánticos fúnebres que entonan los jóvenes, las doncellas y los niños arrojando flores sobre el féretro de María es donde, á nuestro entender, hay mas verdadera imitación de la poesía judaica: período

enteros son casi traducciones de la Biblia: toques hay en que se revela el alma delicada de una muger.

La traduccion está hecha en general con esmero, aunque alguna vez se han conservado jiros que no admite fácilmente nuestra lengua, pero de cualquier modo es un bien haber hecho conocer en nuestro pais el *alma desterrada*.

LÚCULO.

BALADA ALEMANA.

I.

Los objetos que vemos y que amamos hacen del hombre bella la existencia; pero dispuso del Criador la ciencia que lo que mas amemos lo perdamos.

Tal vez quien ama olvida que si toda la vida es verse, amarse, no hay cosa mas amarga que la vida, porque tambien la vida es separarse
¡Si, separarse!

II.

En un jardín, lisonja del verano, un hermoso pimpollo recogiste, y en agua cristalina sumergiste el verde tallo que cortó tu mano;

Pero acuérdate, hermosa, que ese pimpollo que al jardín le pides... verásle á la mañana fresca rosa, ¡y á la noche marchito! ... no lo olvides, ¡ay, no lo olvides!

III.

Feliz te adornas con la flor abierta porque te ha dado el cielo un compañero: segura libas el amor primero, y cantas... que cerrada está tu puerta.

Mas baja el tono, baja, si de repente oyes gemir sus gonces:

tal vez con ataud y con mortaja vendrán por él!... y llorarás entonces!
¡Si, llora entonces!

IV.

Pero escúchame bien, doncella hermosa; aunque es el separarse comun suerte, no te arrebatara tu amor la muerte como te arrebató la fresca rosa.

Somos peregrinantes, y, al separarnos tristes, bien sabemos que aunque seguimos rutas muy distantes al fin de la jornada *nos veremos*.
¡Si, nos veremos!

P. DE MADRAZO.

LICEO.

La ópera del Sr. Basili ejecutada en la noche del sábado anterior gustó muchísimo; por dos veces hicieron saliese el autor al escenario y ni una sola pieza dejó de aplaudirse. El público ha hecho justicia á una composicion orijinal única en su clase, escrita toda sobre aires españoles.

La sesion artistica del domingo no ofreció cosa notable. Tomaron parte en ella los Sres. Campoamor, Romero Larrañaga y Madrazo de la primera seccion, Doña Rosario Weis y D. Francisco Mafey de la segunda, y D. Francisco Perez de la tercera. La medalla de asistencia tocó á D. Pedro Madrazo.

El jueves la concurrencia fue tan numerosa como lucida; tocábale á la seccion de música y desempeñó su cometido de una manera brillante. Todas las piezas se aplaudieron con entusiasmo pero muy particularmente el duetto

de *Francesca da Ramini*, cantado por las señoras Doña Manuela Lema de Vega y Doña Antonia Campos, y el gran concierto de piano de Weber ejecutado por la señorita Doña Maria Martin. Mucho nos complace ver la condescendencia de los socios y señoras de la seccion que se prestan con el mayor gusto á cantar en los coros, tan afinados siempre que contribuyen á dar mayor realce á las piezas.

Circunstancias imprevistas impiden que se ejecute esta noche la funcion extraordinaria dispuesta para honrar la memoria del inmortal Calderon. Sin embargo tendrá lugar tan luego como desaparezcan las causas que han motivado su suspension y sin perjuicio del turno ordinario de las sesiones de competencia. Para el jueves está ensayando la sexta seccion la comedia titulada *Rey valiente y justiciero*.

ALBUM.

TEATRO DEL PRÍNCIPE.—La temporada ha principiado bajo los mejores auspicios; el domingo se ejecutaron dos piezas nuevas: *Amor de madre*, traducida del francés por D. Ventura de la Vega y *Mi secretario y yo*, original de D. Manuel Breton de los Herreros: ambas gustaron extraordinariamente, en particular la primera cuyo argumento es á tal punto interesante que el espectador no puede verla sin conmoverse. La segunda es un lindo fin de fiesta escrito con la gracia y soltura que escribe el Sr. Breton. Nada nos dejó que desear la ejecucion; la Matilde estuvo admirable en el papel de *Madre*.

El local de este teatro ha sufrido reformas tanto mas importantes cuanto que todas redundan en comodidad del público. Se ha variado el alumbrado, se

han pintado los palcos, se ha puesto nuevo telon de embocadura y se han mejorado las lunetas y las delanteras de las tertulias.

El Sr. Luna ha debido hacer su salida en el *Zapatero y el Rey*, pero no la ha verificado por indisposicion de la señora Coronel. Para esta noche hay dispuesta una funcion extraordinaria en obsequio á la memoria del inmortal Calderon, y se estrenará una pieza escrita al intento por D. José de Zorrilla.

TEATRO DE LA CRUZ. Las mejoras que se han hecho en el local son de tal naturaleza que de un teatro feo, sucio y asqueroso, se ha convertido en elegante y magnífico; es necesario verlo porque no basta la explicacion ni aun para formar una idea.

Ajustada una numerosa y escogida compañía de verso para alternar con la lírica, ha principiado sus tareas con el *Pelo de la Dehesa* para la salida del Sr. Lombardia y doña Agustina Torres jubilada hace mucho tiempo. Ambos fueron saludados del público con aplausos, particularmente el primero que tan gratos recuerdos dejó á su marcha para Sevilla hace dos años. D. Carlos Latorre ha verificado su salida anoche con el drama nuevo *la Carcajada*: para que se forme una idea de como ha sido este artista recibido por los espectadores, basta decir que al final del acto segundo, despues de aplaudirlo repetidas veces, se hicieron salir á la escena y le echaron dos coronas de laurel; este nuevo triunfo conseguido por el Sr. Latorre es, en nuestro concepto, una justicia debida á su indisputable mérito.

Se está ensayando, para la salida de Doña Juana Perez, el *Pilluelo de Paris*, y una pieza nueva traducida del francés.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.